

mujer la reina y al rey mi hijo, que vuelvo á encomendaros. Id, id, mi noble tio, hacedme la merced de traer junto á mí á don Alfonso Perez de Guzman.

El infante salió.

Poco despues entró seguido de Guzman el Bueno.

—Acercaos, le dijo el rey; acercaos mas, que yo os vea por la última vez: vuestra mano, don Alfonso; no se despide de vos vuestro rey, sino vuestro amigo.

—¡Ah, señor! exclamó Guzman arrojándose á los piés del lecho, asiendo las heladas manos del rey y besándolas.

Y algunas ardientes lágrimas del caballero cayeron sobre las manos del rey.

—Don Alfonso, exclamó Sancho IV; velad por mi esposa, velad por mis hijos.

Y al acabar estas palabras, para las que habia hecho un violento esfuerzo, cayó.

La reina dió un grito espantoso.

La manera de desplomarse el rey sobre los almohadones, la habia aterrado.

En efecto, Sancho IV habia muerto en el mismo momento en que acababa de confiar á Guzman el Bueno su esposa y sus hijos.

Guzman se alzó terrible y exclamó:

—Descansa en paz, buen rey; yo guardaré la corona de tu hijo como te guardé tu villa de Tarifa.

FIN DEL PROLOGO.

LIBRO PRIMERO.

ZAYDA FATIMA.

CAPITULO PRIMERO.

EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA.

I.

Era la caída de una apacible tarde de abril del año 1298.

Estamos en el centro de la selva del Abrojo, como á dos leguas de Valladolid.

Los seculares pinos se elevan gigantescos, y el aura de la tarde produce en sus copas un ruido triste que aumenta la solemnidad pavorosa de aquellos lugares.

El terreno está cubierto de un musgo espeso; una senda poco hollada se retuerce entre el pinar, y un pequeño y ruidoso arroyo serpentea cruzando y recruzando la senda y como enredándose con ella.

En una pequeña eminencia entre cuatro pinos, levantada como dos metros del terreno, y sirviendo de apoyo á los maderos que forman su base los troncos de los pinos, hay una gran choza cubierta de retama, á la que se sube por una rústica escalera portátil.

Esta choza tiene en uno de sus lados una puerta en que se apoya la escalera: en cada uno de los otros lados una ventana.

Cada una de estas tres ventanas está resguardada por una vidriera ordinaria, lo que no deja de ser extraño en una choza.

Los maderos que forman las traviesas y la armadura de esta construcción selvática, así como la empinada techumbre, afectan la forma gótica de una manera ruda.

Las paredes se componen de brazos de pino unidos entre sí por fuertes ligamentos, y están revestidos de una argamasa gredosa.

II.

Subamos por la escalera portátil: empujemos la rústica puerta y entremos.

Nos encontraremos en un espacio como de diez varas en cuadro por otras tantas de altura en las paredes, y otras tantas hasta la vértice del ángulo agudo de la techumbre.

Mirando hacia esta vértice veremos un cruzamiento de maderos que constituyen la armazon.

En el centro hay un hogar cubierto por una gran campana.

Tanto el pavimento como las paredes están revestidos de una argamasa fuerte.

El humo del hogar ha dado á aquellas paredes y á aquella techumbre un tinte demasiado oscuro.

Hay en un ángulo á la izquierda de la puerta un lecho compuesto de una tarima, de un jergon, de dos mantas de lana y de un cabezal ordinario.

Junto á la cama hay colgado de una escarpia un arnés de guerra de punta en blanco; sobre el arnés, pendiente de la misma pared, una grande adarga; á la derecha, colgadas de escarpas mas pequeñas, una pesada hacha de armas y una larga espada de dos manos; á la izquierda, en un astillero, una lanza; mas allá de la cama, en el suelo, apoyado contra la pared, un

caparazon de hierro de caballo y una silla de madera y baqueta con planchas de acero en sus borrenes; un gran freno y unas riendas de acero están colgados encima; mas allá se ven tambien, colgados de la pared, una sobrevesta de paño rojo, una gorra con pluma de águila y una tabardina de paño burdo.

Lo que puede llamarse el menaje, lo componen un grande arcon, algunas banquetas y una mesa de pino.

Sobre la mesa hay un velon de hierro y un tintero de piedra; algunas tablas en la pared con platos ordinarios, ollas, y otras vasijas de cocina y mesa.

III.

Un hombre con tabardo, gorra de piel, abarcas, venablera y ballesta, alto, fornido, como de cuarenta años, apareció por el sendero, trayendo sobre sus hombros un cervato, que aunque de bastante magnitud llevaba con la misma ligereza que si hubiera sido una pequeníssima carga.

Este hombre estaba curtido por la intemperie, pero tenia una gran regularidad de facciones; unos enormes ojos negros, de mirada profunda y serena, y lo que mas se hacia reparable en él era una larguísima y crespa cabellera y una no menos larga y revuelta barba de un rubio rojo cobrizo.

Este hombre llegó al pié de la escalera portátil que se apoyaba en la puerta de la choza, y produjo con la lengua un chasquido tal que debieron oírle en el interior, porque inmediatamente se abrió la puerta y apareció en ella una especie de oso, pero oso humano.

Tan feroz era el aspecto de aquel hombre.

IV

De su semblante no se veía otra cosa que una estrecha frente, dos pómulos vigorosamente marcados y una nariz ancha y roma: lo demás lo ocultaban una cabellera crespa y una barba espesísima, ambas negras, pero con un negro impuro que tenía tonos grises, sin que las canas causasen este efecto: los hombros anchísimos, un pecho reelevado, unos brazos hercúleos, unos miembros en fin de gigante enano, si se nos permite esta frase, constituían en este hombre á uno de esos seres que vistos en descampado causan espanto, porque no puede atribuirse á ellos nada bueno, nada benévolo.

—¡Ah! ¡eh! ¡Ciervo-veloz! dijo el que estaba en la puerta al que acababa de llamar con su chasquido lingual: ¿tan pronto de vuelta?

—Quítate para que pueda entrar, dijo Ciervo-veloz, trepando por la escalera; pero toma antes este choto, que con él acuestas no podré pasar; debias haber hecho mas ancha esta puerta.

El de arriba, como estuviese ya cerca de él Ciervo-veloz, tomó el cervato con la facilidad con que hubiera podido tomar una liebre, y se entró para adentro.

—Pues recoge la escalera, dijo el de la choza á Ciervo-veloz, que ya es hora de recogernos; porque creo que pasarás aquí la noche.

—Si Dios no lo remedia, dijo Ciervo-veloz, pienso pasarla á la luz de las estrellas, y tú y los otros la pasareis conmigo.

—¿Vamos á ponernos en apostadero? dijo con una alegría salvaje el de la choza.

—Puede ser, contestó Ciervo-veloz.

—¿Y se ofrece buena ganancia?

—Sí, vive Dios; con lo que ha sacado de su reino de Leon el infante don Juan, anda ahora rico y paga bien.

—¡Ya! dijo el de la choza: despues de haber sacado las entra-

ñas á tributos á los leoneses, viendo que la cosa no anda muy segura y que la gran reina doña María puede darle un mal rato, ha venido á ponerse á su homenaje, apeándose otra vez de rey para volver á infante: no me gusta ese señor; pero en fin si nos paga bien.....

—¿Qué te parece de esto, Farfan? dijo el montero sacando de su bolsa de piel otra bolsa y sonándola.

—¿Es oro? dijo con codicia Farfan.

—Toma lobo, dijo Ciervo-veloz arrojando á Farfan la bolsa, que la cogió en el aire; ahí tienes cincuenta maravedises de oro.

V.

—¿Y por qué ese oro? dijo desde el ángulo donde estaba el lecho una voz infinitamente mas culta que la de los otros dos, y que revelaba á un jóven; ¿qué nueva infamia quiere el infante don Juan?

Y se oyó un crujimiento de hierros, como si un hombre armado hubiera dejado el lecho y se hubiera puesto de pié.

—¿Quién es ese? dijo con recelo Ciervo-veloz: ya aquí es de noche; no se ve.

—¿Que quién es ese? Ese es el capitan, y no mas que el capitan, porque su nombre no se sabe.

Oyóse el crujir de un arnés.

El hombre que habia dejado el lecho se acercó á Ciervo-veloz y á Farfan.

—Enciende luz á fin de que nos veamos las caras y sepamos con quién tratamos, dijo Ciervo-veloz.

—Sí, contestó Farfan: déngle las tinieblas á quien las quiera, cuando no sea para dormir; y vas á ver un buen mozo, vive Dios; y que lo es tanto, que una dama le envidiaría la cara.

Y á todo esto Farfan arrancaba chispas de un pedernal.

VI.

—¿Tú vienes de Valladolid? dijo la voz del llamado capitán, dirigiéndose á Ciervo-veloz.

—De Valladolid vengo, contestó este.

En aquel punto lució una débil claridad azul, la de una pajuela de azufre, y Ciervo-veloz dió un paso atrás: habia visto un semblante lívido, aunque hermosísimo.

Su lividez provenia del reflejo de la llama azul del azufre.

Inmediatamente apareció una luz rojiza.

Farfan habia encendido los dos mecheros del velon de hierro que estaba sobre la mesa.

VII.

—¿Y qué pasa por Valladolid? dijo el capitán.

Pero suspendamos el diálogo para describir á este personaje.

Era de buena estatura, gallardo en la actitud, bien conformado y dotado al parecer de agilidad y de fuerza.

Tenia la cabeza descubierta, dejando ver una gran cabellera negra como el ébano y rizada, que le caia ondulante sobre los hombros, partida en dos mitades por una estrecha raya que se estendia por medio de su cabeza; la frente era serena, amplia, de una forma bellísima; sus grandes ojos negros estaban coronados por dos anchas y negrísimas cejas; la nariz era aguileña, la boca correcta, el contorno del semblante oval, la color morena, la tez suave; la garganta musculosa, pero mórbida, escesivamente bella, garganta mas que de hombre de mujer.

Y sin embargo no se encontraba afeminacion en la perfecta armonía de aquel semblante, armonía que determinaba una grande hermosura.

La mirada era tranquila, firme, una de esas miradas que no se bajan ante nada, una de esas miradas que imponen respeto por su gravedad, que magnetizan por su fijeza, que por su nobleza seducen.

La edad de este jóven podria suponerse entre los veinte y los veinticuatro años.

Vestia una sobrevesta ó camisote de paño negro, sobre el cual, bordada con seda y en un tamaño que ocupaba la tercera parte por lo menos de la estension del camisote, se veia un águila rapante roja.

Este camisote de anchas mangas perdidas, no tenia adorno alguno; sobre él, en los hombros y alrededor del cuello del jóven, se veia una gola de acero bruñido y redoblado.

Por bajo de las mangas aparecian unos brazaes redoblados tambien y bruñidos, cuya fuerza estaba en inarmonía con la pequeñez y la morbidez de las manos del caballero del Aguila Roja, á quien llamaremos así en adelante hasta que descubramos su nombre.

Aquellas manos ofrecian además otra singularidad; estaban cargadas de sortijas, y estas eran de gran precio.

Las piernas del caballero, hasta cuyas rodillas llegaba la ancha vesta de paño negro, estaban cubiertas por fuertes pernales redoblados tambien como el resto del arnés.

Debia ser pesado este, y sin embargo su dueño le llevaba con facilidad, lo que demostraba fuerza.

VIII.

Farfan habia buscado entre el menaje de cocina un gran cuchillo y se habia puesto á desollar el cervato de una manera tal, que revelaba en él la gran práctica de un montero.

Ciervo-veloz miraba profundamente al caballero del Aguila Roja, que le contemplaba á su vez con una grave y dominadora fijeza.

IX.

Reanudemos el diálogo.

—¿Y qué pasa por Valladolid? había dicho el capitán.

—Pasa que dicen que se casa la reina.

—¿Miente quien lo dice! contestó severamente el caballero del Aguila Roja.

—¿Y para qué viene á Valladolid despues de haberse separado del infante don Enrique el Senador que está allá en las Andalucías en frontera de moros, el infante don Pedro?

—¿Qué infante don Pedro es ese? preguntó el caballero.

—¿Quién ha de ser mas que el hermano del rey de Aragon?

—¿Y á quién habeis oido decir que la reina doña María se casa? preguntó el del Aguila Roja sentándose en un escabel de pino junto á la mesa, apoyando en ella un brazo y la cabeza en la mano.

—A todo el mundo: dicen que como la reina es jóven y hermosa, lleva á mal su viudez.

—¿Miserables! exclamó el caballero; ¡y lo creen todo, y pudiendo tocar con la mano la verdad, cierran los ojos á ella y dan fácil oido á la calumnia! Ya se ve, los traidores, los rebeldes, los que dividen en bandos al reino, no pudiendo vencer la firmeza, la grandeza, la inteligencia de la reina, pretenden hacerla poco respetable á sus reinos.

—La reina es mujer.

—La reina es noble y grande, y sobre todo madre; la reina luchará para sostener en la cabeza de su hijo la corona; la reina no vive mas que para esto y para el bien de sus pueblos; la reina es una santa y la protege el poder de Dios.

—¿Diablo! ¿conoceis vos de cerca á la reina, caballero? dijo de una manera irreverente Ciervo-veloz.

—La conozco mucho, contestó el caballero fijando una mirada tal, tan profunda, tan terrible en Ciervo-veloz, que este se

estremeció y sintió por primera vez en su vida algo parecido al miedo.

—Perdonad, dijo, yo no quiero ofender á su señoría; pero los reinos padecen, hay hambre, no se ve un maravedí por el mundo, la peste negra corre por Castilla, dejando yermos los pueblos.....

—Y de todo tiene la culpa la reina, hasta de la peste, ¿no es verdad? exclamó con un sarcástico desprecio el caballero.

—Ello es, insistió Ciervo-veloz, que si no fuera por la reina no habria guerra civil.

—¿Ah! es verdad, contestó con el mismo acento sarcástico el del Aguila Roja: si reinara el infante don Juan, todo iria bien.

—Reinaria un hombre que no vale menos que su valiente hermano el rey don Sancho.

—Es verdad; una mujer y un niño no imponen respeto á nadie; para respetar el derecho y la virtud es necesario ser buenos, honrados y caballeros, y apenas si hay hoy en todos los reinos del señor rey don Fernando el IV un solo hombre honrado, noble y caballero; á alguno de esos hombres lo tiene alejado generosamente de la córte la buena reina doña María, allá en las fronteras del reino de Granada.

—Allí está don Alfonso Perez de Guzman el Bueno, dijo Farfan tomando parte en el diálogo, el de Tarifa.

—Sí, el de Tarifa, contestó el del Aguila Roja.

Y exhaló un ardiente suspiro.

—¿Eh, diablo! dijo para sí Ciervo-veloz; ¿por qué habrá suspirado este al nombrar á Guzman el Bueno? ¿será su hijo de ganancia?

—Abreviemos, dijo el del Aguila Roja; dejémonos de si sus vasallos quieren bien ó mal á la reina; peor para ellos: vengamos á lo que importa. ¿Por qué habeis ido vos á Valladolid?

—Os encuentro en la cabaña de Farfan, dijo Ciervo-veloz, y supongo que Farfan os lo habrá dicho todo.

—Yo no me he acordado de tí cuando he encontrado al capitán, contestó Farfan, ocupado siempre en aviar la res.

—¿Capitán de qué? preguntó Ciervo-veloz.

—Capitan nuestro.
 —¡Nuestro capitan! ¿Pues y qué ha sido de Pero Rojo?
 —Encomiéndale á Dios; allá se ha quedado en el altozano de los peñascales, atravesado de parte á parte de una lanzada.
 —¿Y quién ha hecho eso?
 —El capitan.
 —¡Vos! exclamó Ciervo-veloz mirando con una incrédula fijeza al caballero del Aguila Roja.
 —¿Me dais licencia para que cuente á este lo que ha sucedido mientras enciendo fuego y pongo la sarten para hacer con este cervato un cochifrito que nos vendrá muy á punto, porque la gente no ha comido hoy en todo el dia?
 —Contad, dijo el caballero del Aguila Roja.
 Y levantándose, se dirigió de nuevo al lecho y se echó en él.

CAPITULO II.

EN QUE FARFAN CUENTA COMO SE HIZO CAPITAN DE UNA BANDA DE AVENTUREROS AMBIGUOS EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA.

I.

Descolgó Farfan una descomunal sarten y unas trévedes no menos descomunales, las puso en el hogar, y despues, tomando leña de un ángulo, la puso debajo; echó en la sarten la grasa del cervato, y mientras hacia esto, puesto en cuclillas junto á la sarten, empezó del modo siguiente:

—Hace cuatro dias amaneció muy mal para nosotros: Pero Rojo habia acabado con sus últimos maravedises, y ni teníamos pan, ni vino, ni gracia de Dios que llevar á la boca.

Inútil era recurrir á la montería: las reses han sufrido un tal mate, que no se ve una por el mundo; y lo que es á los frailes de la Abadía del Abrojo es inútil ir á pedirles nada, porque en cuanto ven asomar gente estraña, como están ya tan escarmetados, y como en estos tiempos no se sabe quién es el que se presenta á caballo con la loriga acuestas, embrazada la adarga y terciada la lanza, levantan el rastrillo, coronan de ballesteros